

LIBRO DIEZ Y SEIS.

El poder pasa á manos del comun de París.—Petion.—Su popularidad.—Carácter de las facciones.—Hombres que las fomentan.—Reunion de Charenton.—Ataque resuelto contra palacio.—Veinte de junio.—El pueblo que ha salido de la plaza de la Bastilla va engrosándose en su marcha.—Sus gefes: Santiago, Saint-Huruge, Therigne de Mericourt.—Cuadro de esta sublevacion popular.—La Asamblea permite á los conjurados que desfilen armados delante de ella.—Suspende su sesion.—Tropas colocadas en los patios de las Tullerías.—Caballeros que llegan á palacio.—El rey manda abrir las puertas.—Petion, corregidor de París, se oculta por evitar su responsabilidad.—Los sublevados en las Tullerías.—Adhesion de madama Isabel.—El rey obligado á ponerse el gorro encarnado.—La reina y sus hijos en medio de los insurrectos.—La Asamblea continúa su sesion.—Impotencia de este cuerpo para contener las masas.—Petion vuelve á las Tullerías y por fin dispersa á los sediciosos.—Los marseleses en París.—Su cancion guerrera.—El pueblo sale á recibirles.—Origen de la *Marselesesa*.

I.

A medida que el poder arrancado al rey por la Asamblea, iba siendo menor de dia en dia, se aumentaba el del comun de París. La municipalidad, primer elemento de las naciones al tiempo de constituirse, es tambien el último asilo de la autoridad cuando aquellas se descomponen. El poder antes de caer en manos de la plebe se detiene un momento en el consejo municipal. La casa de

la ciudad se habia convertido en palacio del pueblo, en donde despues de La Fayette y Bailly, reinaba ahora Petion, que era el verdadero rey de París. El populacho que posee el instinto de las situaciones, le llamaba el rey Petion. Este hombre habia adquirido su popularidad en un principio por sus virtudes privadas, que el pueblo confunde casi siempre con las publicas, y luego con sus discursos democráticos en la Asamblea constituyente. El hábil equilibrio en que tenia en los jacobinos á los girondinos y á Robespierre, le habia hecho hombre respetable é importante. Amigo á un mismo tiempo de Roland, de Robespierre, de Danton y de Brissot, sospechoso de estar en relaciones demasiado intimas con madama de Genlis y con el partido orleanista, cubrióse siempre sin embargo, con el velo de su adhesion al órden legal y de una supersticion constitucional. De esta suerte aparecia cual si reuniese en sí todos los títulos que debian hacerle digno de la estimacion de los hombres de bien, y de las consideraciones de las facciones; pero el mejor título suyo consistia en su mediania. Preciso es confesar que esta es casi siempre el sello de aquellos idolos del pueblo: bien sea porque la multitud, mediana en sí misma, no guste sino de aquello que se le aparece; bien porque los hombres contemporáneos no puedan por su envidia elevarse hasta hacer justicia á los grandes caracteres y á las grandes virtudes, bien porque la Providencia que distribuye los dones y las facultades con medida, no permita que un solo hombre reuna en sí en un pueblo libre las tres irresistibles fuerzas de virtud, genio y popularidad; bien, finalmente, porque el favor constanie de la multitud sea una cosa de tal naturaleza, que su precio esceda mucho á su valor á los ojos de los hombres verdaderamente virtuosos que conocen que es preciso ser demasiado bajo para obtenerle y demasiado débil para conservarle; ello es, que el pueblo no idolatra jamás sino á las medianias. Petion no era el rey del pueblo, sino á condicion de per-

mitirle todos los excesos que quisiera cometer. Sus funciones de corregidor en París, en una época de revueltas, le ponían en continuo contacto con el rey, con la Asamblea y con los amotinados. Así es que hacía frente al rey, tratagaba á la Asamblea y moderaba el crimen. Inviolable como la capital persurificada en él por su título de primer magistrado del común, su dictadura invisible consistía en su inviolabilidad, de la que usaba con respetuosa audacia respecto al rey, inclinándola ante la Asamblea, y poniéndola á los pies de los sediciosos. En sus reconveniones oficiales á los amotinados se veía siempre alguna excusa del crimen, y en todas ellas se notaba cierta condescendencia hacia los culpables, que equivalía á animar á los ciudadanos extraviados á que siguiesen sus extravíos. El pueblo le amaba como la anarquía ama á la debilidad, y sabía que con aquel hombre podía hacer cuanto se le antojase. Como corregidor tenía en su mano la ley, como hombre tenía la indulgencia en los labios, y la connivencia en el corazón. Un magistrado de esta naturaleza, era lo que convenia á los sediciosos de los arrabales para dar sus golpes. Petion dejaba que los fuesen preparando, haciendo como que no los veía, y los legalizaba cuando se habían verificado.

II.

Las relaciones que había tenido con Brissot desde su infancia le habían acercado á madama Roland. El ministerio de que éste fué miembro le obedeció mas que al mismo rey; asistía á sus conciliábulos, reinaba bajo su nombre, y aunque la caída de aquel ministerio no le derribaba á él, arrancábale, sin embargo, el poder ejecutivo. Los girondinos que habían sido espulsados no necesitaban inspirar su sed de venganza en el alma de Petion.

No pudiendo éste conspirar ya legalmente contra el rey en unión de sus ministros, restábele aun conspirar en unión de las facciones contra las Tullerías: Guardia nacional, pueblo, jacobinos, franciscanos, arrabales, y finalmente la ciudad, todo esto estaba en sus manos. Petion podía dar la sedición á la Gironda para que ella ayudase á aquel partido á reconquistar el ministerio, y se la dió con todas sus contingencias y con todos los crímenes que ella es capaz de abrigar en su seno. Entre estas contingencias estaba la del asesinato del rey y de su familia. Este acontecimiento estaba aceptado de antemano por los que provocaban la reunion de las masas para invadir el palacio de las Tullerías. Quizá ni los girondinos, ni los orleanistas, ni tampoco los anarquistas ni los republicanos pensaban en cometer este crimen, pero todos le consideraban como una eventualidad de la fortuna. Petion, que tampoco lo queria probablemente, lo arriesgó al menos, y si su intencion fué inocente, su temeridad fué un asesinato. Y en verdad ¿qué distancia había entre los yerros de veinte mil pieas y el corazón de Luis XVI? Ninguna. Petion no entregó las vidas del rey y de su familia pero las jugó á la suerte.

La guardia constitucional del rey acababa de ser licenciada ignominiosamente por los girondinos. Su gefe, el duque de Brissac, había sido citado ante el tribunal de Orleans por un supuesto complot, á pesar de que nada tenía contra sí sino un honor y una fidelidad al soberano, que no era ignorado de nadie, así como tampoco se ignoraba que aquel había jurado morir como soldado fiel en defensa de su señor y amigo. Brissac pudo muy bien escaparse y el rey le aconsejó que lo hiciese, pero él no quiso seguir sus consejos. «Si huye, respondió á las repetidas instancias del rey, creerán que soy culpable y que V. M. es cómplice mio; y mi fuga será un motivo mas para acusar á V. M. ¡Prefiero morir!» Salió, pues, para Orleans, pero no fué juzgado por aquel tribunal.

sino asesinado en Versalles el 6 de setiembre. Su cabeza enteramente cana fué puesta en una de las verjas de palacio. ¡Burla impía y atroz si se trató de manifestar con ella aquella fidelidad caballeresca con que guardaba, aun despues de muerto, la puerta del palacio de sus reyes!

III.

Las primeras insurrecciones de la revolucion eran unos movimientos espontáneos del pueblo en los que estaban siempre el rey, la córte, y la nobleza en una parte, y en la otra la nacion. Estos dos partidos colocados uno en frente de otro chocaban mutuamente por el solo impulso de las ideas de encontrados intereses. Una palabra, un gesto, una casualidad, una reunion de tropas, un dia de escasez, ó un orador vehemente que arengase á la multitud en el Palacio Real, eran causas suficientes para arrastrar las masas, ó amotinarse, ó para hacerlas marchar sobre Versalles. El espíritu de sedicion se confundía con el de revolucion y todo el mundo era entonces faccioso, soldado y gefe. La pasion pública era la que daba la señal de acometer, y la casualidad la que se apoderaba del mando. Despues que la revolucion estaba formada y que jurada la Constitución por ambas partes imponia á los partidos un órden legal, las cosas sucedian de otra manera muy distinta. Las sublevaciones populares en vez de ser unas agitaciones pasajeras eran efecto de un plan bien combinado. Organizadas las facciones, tenian entre los ciudadanos su partido, sus clubs, sus reuniones, y finalmente su ejército y su santo y seña para conocerse. Hasta la misma anarquia se habia disciplinado y en medio de un desórden únicamente aparente, habia una mano oculta que la dirigia y animaba sin saberlo ella misma. A la manera que un ejército tiene gefes conocidos,

los barrios y las secciones de Paris tenian sus cabecillas que eran obedecidos ciegamente. Unas popularidades secundarias inveteradas ya en la ciudad y en los arrabales, habian sucedido á las grandes popularidades nacionales de Mirabeau, de La Fayette y de Bailly. El pueblo tenia fé en tal ó cual nombre, confiado en éste ú en otro brazo, y se apasionaba por tal ó cual rostro, al cual, sin mas razon que esta, concedia todo su favor. Cuando estos hombres se dejaban ver, hablaban ó marchaban, el pueblo marchaba tras ellos sin saber siquiera á donde le arrastraba aquella multitud. Bastábales á estos gefes indicar una reunion, esparcir un terror pánico, valerse de una patraña para escitar la ira del pueblo, ó decir que esta ó aquella cosa era contraria á la libertad, para que aquellas ciegas masas se hallasen dispuestas á obrar en el sitio que se las designase.

IV.

Era este por lo comun el que antes ocupaba la Bastilla, Monte Aventino del pueblo y campamento nacional en que aun se hallaban esparcidas las piedras de que se habia compuesto aquel edificio, como para recordar al pueblo su antigua esclavitud y su fuerza presente. Entre todos los agitadores de los arrabales el mas temible era Danton, pues si bien Camilo Desmoulins era tan osado como él para concebir, lo era mucho menos para ejecutar. La naturaleza que habia dado á este jóven la inquietud y la audacia necesarias para sublevar las masas, le habia negado el exterior y el caudal de voz que para ello se requiere. El pueblo no se paga del talento de los hombres, y una elevada estatura, y una voz sonora y fuerte, son las únicas condiciones indispensables para ser el favorito de la multitud. Camilo Desmoulins era pe-

queño, delgado y de débil voz, lo cual le hacía aparecer á los ojos del pueblo como si anduviese á gatas detrás de Danton. La voz de éste se asemejaba al rugido de las turbas irritadas.

Petion poseía en alto grado la estimación de los anarquistas, pero su legalidad oficial le dispensaba de fomentar abiertamente el desorden, al cual contribuía sin embargo en gran manera, con su complicidad en él, sin la cual hubiera sido imposible hacer nada. Tras estos hombres venía Santerre, comandante del batallón del arrabal de San Antonio. Era Santerre hijo de un cervecero alemán, oficio que también era el suyo, y uno de aquellos hombres á quienes el pueblo comprende porque son pueblo, y á quienes respeta porque son ricos, especie de aristócratas de barrio, á quienes se les perdona su fortuna en gracia de la familiaridad con que tratan y se dejan tratar de todos sus vecinos. Conocido de los jornaleros porque empleaba á muchos de ellos en su cervecería, y conocido también de la multitud que acudía los domingos á beber cerveza ó vino en los varios establecimientos de Santerre, era éste además un almacén inagotable de socorros y de viveres para los infelices.

En una de las épocas de hambre que sufrió París, distribuyó él solo por valor de trescientos mil francos de pan, de suerte que este hombre había comprado su popularidad con sus beneficios. Además, la había conquistado con su valor en la toma de la Bastilla y la prodigaba siendo el primero en presentarse en todas las conmociones de las plazas públicas. Santerre era de la raza de aquellos cerveceros belgas que embriagaban al pueblo de Gante para insurreccionarle. El carnicero Legendre que era á Danton lo que éste á Mirabeau; es decir, un grado descendente en el abismo de la sedición, había sido marinero diez años y tenía las costumbres ásperas y feroces de las dos profesiones que había ejercido. Mezclado desde el año 89 en todos los movimientos revolucionarios,

había llegado á adquirir cierta autoridad, y aunque de frente aliva y sin respirar en sus palabras sino muerte, el fondo de su corazón no era tan malo como aparentaba exteriormente. Este hombre había fundado bajo la dirección de Danton el club de los franciscanos, aquel club de los golpes de mano, así como el de los jacobinos era el de las teorías radicales. Conmovió Legendre con su elocuencia, y siempre dispuesto á herir lo mismo que á hablar, el gesto y la acción de Legendre mataba antes de abrir la boca. Inculto y salvaje, se comparaba él mismo al paisano del Danubio, y el nombre que más le convenía era el de *la maza* de Danton. Huguenin era uno de esos hombres que andan errantes de profesión en profesión, dispuestos á lanzarse en cualquier partido en épocas como la de que vamos tratando, pero que no se fijan en ninguna parte. Había sido éste abogado, pero fué espulsado de la corporación; después sentó plaza, luego fué empleado en puertas, y descontento en todas partes y aspirando al poder, solo con el objeto de hacer fortuna, su integridad era más que sospechosa. A estos hombres deben agregarse los siguientes. Alejandro, comandante del batallón de los Gobelinos, héroe de arrabal y amigo de Legendre, Marat, conspiración andando, que no salía hasta la noche de su subterráneo, verdadero profeta de la demagogia; sediento de alborotos y de sangre, que llevando el odio de la sociedad hasta el delirio, se gloraba de tener tales ideas, que representaba voluntariamente el papel de loco del pueblo, así como otros habían desempeñado en las cortes el de locos del rey. Dubois-Crancé, militar instruido y valiente; Brune, cuya espada estaba al servicio de los conspiradores; Momoro, impresor ébrio de filosofía; Dubuisson, literato oscuro á quien los silbidos del teatro habían lanzado en la intriga política; Fabre de Eglantine, poeta cómico que ambicionaba otra tribuna; Chabot, capuchino que había adquirido un genio áspero en el claustro y que ardía en deseos de vengarse de la

superstición que le había encerrado allí; Lareynie, sacerdote soldado; Gonchon y Duquesnois, amigo de Robespierre; Carra, periodista girondino; un italiano llamado Rotondo; Henriot, Sillery, Louvet, Lacroix, y finalmente, Barbaroux, emisario de Brissot y de Roland. Todos estos hombres fueron los principales promotores del motin de 20 de junio.

V.

La reunion se verificó en una casa aislada de Charenton, para deliberar en el silencio de la noche sobre el pretexto, el plan y la hora de la insurreccion. Las pasiones eran muy distintas, pero la impaciencia de todos era la misma. Los unos querian solamente asustar, los otros querian herir; pero todos querian y estaban acordes en que era necesario obrar. Fácil es figurarse que en una reunion presidida por Danton no habia grandes escrúpulos, y que una vez lanzado el pueblo, se detendria donde quisiese el destino. Los discursos estaban de mas en donde no habia sino una sola alma, y en donde todos se entendian solo con mirarse. Un apretón de manos, una mirada de inteligencia ó un gesto significativo, constituyen toda la elocuencia de los hombres de accion. En dos palabras indicó Danton el objeto que se proponia; Santerre los medios; Marat la atroz energía con que debia llevarse á cabo, y Camilo Desmoulins con su cinica alegría habló del movimiento proyectado para inspirar á sus asociados, lo que ellos estaban decididos á hacer, que era lanzarse á las calles á la cabeza de las masas, para arastrar al pueblo á que les secundase en su empresa, ó por mejor decir, para intimidarle con sus feroces aullidos. Desplegóse sobre la mesa el mapa revolucionario de Paris, y Danton trazó en él las fuentes, los afluentes el

curso y el punto de reunion de los grupos. La plaza de la Bastilla, inmensa encrucijada, en la que desembocaban á manera de rios las numerosas calles del arrabal de San Antonio, que por un barrio del Arsenal y por un puente, se une al arrabal de San Marcelo, en el que habia hasta dos mil trabajadores; arrabal que por la parte del baluarte abierto delante de la antigua fortaleza tiene un mercado espacioso que va á parar al centro de la ciudad y á las Tullerías, fué el sitio designado para la reunion de los grupos, y punto de partida de las columnas que debian dividirse en tres cuerpos. El objeto ostensible de aquel movimiento, era el presentar una peticion á la Asamblea y al rey, contra el *veto* puesto al decreto relativo á los sacerdotes y al de la formacion del campamento de los veinte mil hombres. La contraseña, era pedir que volviesen al ministerio los patriotas Roland, Servant, y Claviere; el efecto que se proponian sacar los conjurados de esta intentona, era infundir terror al pueblo de Paris y al palacio de las Tullerías. La ciudad aguardaba esta visita de los arrabales en razon á haberse celebrado el dia anterior en los Campos Eliseos un banquete de quinientos cubiertos.

El gefe de los confederados de Marsella y los agitadores de los barrios del centro, habian fraternizado en aquella comida con los girondinos y el cómico Dugazon habia cantado en ella, una cancion amenazadora contra el rey. Este habia oido desde la ventana de su cuarto los aplausos y los cánticos siniestros, cuyos ecos llegaban hasta el palacio de las Tullerías. En cuanto al orden de la marcha, emblemas grotescos, armas estrañas, trages asquerosos y banderas sangrientas, que debian señalar la aparicion de aquel ejército de los arrabales en las calles de la capital, nada prescribieron los conjurados por que en casos semejantes el desórden y el horror formaban parte del programa. En este particular lo dejaban todo en manos de la inspiracion desordenada de la tur-

ba, y en las de aquella rivalidad de cinismo, que se establece por sí mismo en semejantes aglomeraciones de hombres. Danton sabía todo esto muy bien y contaba con ello.

VI.

Aunque la presencia de Panis y de Sergent, individuos del ayuntamiento, daba á este plan la sancion tácita de Petion, los agitadores se encargaron de ir avisando en secreto á los sediciosos, y hacer pasar los primeros grupos del cuartel de San Marcelo y del Jardin de plantas, al otro lado del Arsenal, en una barca que servia únicamente entonces para la comunicacion entre los dos arrabales. Esto debia ejecutarse á favor de las sombras de la noche y dividiendo los grupos en pequeños pelotones para hacerles pasar el rio en la única barca que habia como acaba de decirse. Lareynie se encargó de sublevar el arrabal de Santiago y el mercado de la plaza Maucabert, que es donde las mugeres del pueblo van á hacer diariamente la compra. Vender y comprar es la vida del pueblo bajo; el dinero y el hambre son sus dos pasiones. El pueblo es tumultuoso principalmente en estas plazas, en donde aquellas dos pasiones le condensa. En ningun punto se reúne la sedicion con mas celeridad ni en mayor número que en semejantes sitios.

El tintorero Mallart, el zapatero Isambert, y el curtidor Givon, artesanos ricos y acreditados, eran los encargados de hacer salir de las calles sombrías y fétidas del arrabal de San Marcelo, su vecindario indigente y tímido, que rara vez apatece en medio del dia en los barrios principales. Alejandro, tribuno militar de aquel mercado de París, y jefe de uno de los batallones, debia ponerse á la cabeza del de su mando antes de amanecer para reunir los grupos y darles en seguida direccion y

movimiento hácia los malecones y hácia el palacio de las Tullerías. Varlet, Gouehon, Ronsin y Siret, tenientes de Santerre, ejercitados en esta táctica de los movimientos populares desde las primeras agitaciones del año 89, estaban encargados de otras maniobras análogas en el arrabal de San Antonio. Las calles de este barrio, llenas de talleres, de fabricas, de tabernas, y de despachos de cerveza, verdaderos cuarteles de la miseria, del trabajo y de la sedicion, que llegan desde la Bastilla hasta la Roquette y Charenton, contenian por sí solas todo un ejército de invasion contra París.

VII.

Tres años hacia que este ejército conocia á sus gefes. Estos se apostaban á la entrada de las principales enrejadas á la hora en que los artesanos salen de sus talleres; tomaban una silla y una mesa en el hodegon mas inmediato y afamado, y puestos de pie sobre aquellas tribunas de Baco, llamaban por sus nombres á algunos de los transeuntes y les hacian formar corro en torno suyo. Estos detenian á los demas, el paso quedaba obstruido, y la reunion iba creciendo cada vez mas, con todos los hombres, mugeres y niños, á quienes una curiosidad tonta, ó si se quiere pueril, hace acudir á cualquier punto en donde se ven unas cuantas personas reunidas. El orador peroraba entonces á la multitud, y el vino ó la cerveza circulaba gratuitamente alrededor de la mesa. Los testos habituales de estas arengas eran la cesacion del trabajo, la escasez de numerario, la carestia del pan, las intrigas de los aristócratas para sujetar por hambre á París, las traiciones del rey, *las orgias* de la reina y la precision en que se hallaba la nacion de desbaratar los complots de una corte vendida al Austria. Una vez co-

municada la agitacion hasta hacerla llegar á una especie de frenesí, la voz de ¡Vamos! salia de aquellos inmensos grupos, que dividiéndose marchaban á un mismo tiempo por aquellas calles, en cien direcciones distintas. A las pocas horas, innumerables masas de trabajadores de los cuarteles de Popincourt, de la Greve, del mercado de San Juan y de otros varios, puntos desembocaban por la calle del arrabal de San Antonio y cubrian la plaza de la Bastilla, en la que se veian obligados á permanecer un cuanto tiempo, porque era tal el gentío, que hasta al cabo de un rato era imposible abrirse paso. No era grande la detencion, y pronto aquel impulso recobraba toda su fuerza, y las columnas de los amotinados se dividian instintivamente para engolfarse en las grandes bocacalles de París. Unas se adelantaban hacia el baluarte, otras desfilaban por los malecones, hasta el Puente Nuevo, donde se encontraban con los grupos de la plaza Maubert, hasta caer todos ellos y los que se les agregaban, en el camino que conduce al Palacio Real y el jardín de las Tullerías.

Tal fué la maniobra dispuesta y encargada á los agitadores de los distintos barrios para la noche del 19 de junio. Los principales motores se separaron despues de haber convenido en que era preciso «concluir de una vez con el palacio,» palabras que dejaban al movimiento del dia siguiente toda la vaguedad de la esperanza, y que sin mandar el último crimen autorizaban á cometer los mayores excesos.

VIII.

Tal fué la reunion de Charenton, tales eran los hombres invisibles que iban á imprimir el movimiento á cien mil ciudadanos. ¿Laclos y Sillery que buscaban en este motin un trono para su amo el duque de Orleans, prodi-

garon el oro en esta ocasion para salir con su intento? Así se ha dicho, así se ha creído tambien, pero jamás se ha probado. Su presencia en aquel conciliábulo es un indicio vehemente contra ellos; mas aunque sea permitido á la historia sospechar sin evidencia, jamás la es permitido acusar sin tener pruebas en que fundar su acusacion. El asesinato del rey al dia siguiente ponía la corona en las sienas del duque de Orleans. Luis XVI pudo ser asesinado por un borracho, sin embargo, no lo fué, y esta es la única justificacion del partido orleanista. Entre aquellos hombres, unos eran malvados, como Marat y Hebert; otros eran unos facciosos impacientes como Barbaroux, Sillery, Laclos, y Carra; otros finalmente como Santerre no eran sino unos ciudadanos fanáticos por la libertad. Los conspiradores ponían en movimiento y disciplinaban la ciudad al ponerse de acuerdo. Las pasiones perversas individuales inflamaban la gran pasion del pueblo para el triunfo de la democracia, á la manera que muchas veces en un incendio las materias mas infectas avivan la hoguera. En este caso el combustible es inmundo y la llama pura. La llama de la revolucion era la libertad, los facciosos podían hacerla mas opaca, pero jamás que perdiese su pureza. En tanto que los conspiradores de Charenton se repartían los papeles del nuevo drama que iban á representar, el rey temblaba en su palacio de las Tullerías, no tanto por sí como por su muger y sus hijos. «¿Quién sabe, decía á Mr. de Malesherbes con una sonrisa melancólica, si yo veré mañana la salida del sol.»

Con solo que Petion hubiese dicho una palabra á la municipalidad y á la guardia nacional que estaba á sus órdenes, indicándole que era preciso resistir al movimiento podía comprimirlo y hasta disolverlo. El directorio del departamento presidido por el duque de La Rochefoucauld; que despues fué asesinado, intimaba enérgicamente á Petion que cumpliera con su deber. Petion, iba dando

largas, se sonreía, respondía de todo y justificaba la legalidad de la reunion proyectada y de las peticiones presentadas por las masas á la Asamblea. Vergniaud rechazaba en la tribuna las alarmas de los constitucionales, como unas calumnias contra la inocencia del pueblo. Condorcet se reía de las inquietudes manifestadas por los ministros, que se dirigian á la Asamblea pidiéndola fuerzas. «No es muy gracioso, decía á sus colegas, ver que el poder ejecutivo pide medios de accion á los legisladores? ¡que se salve él mismo si puede, este es su oficio!» De esta manera, iba unida la burla á los complots que se tramaban contra el desventurado monarca. Los legisladores se burlaban de un poder desarmado por sus propias manos y aplaudían á los facciosos.

IX.

Bajo estos auspicios se inauguró la jornada del 20 de junio. En la noche del 19 al 20 se había celebrado otro conciliábulo mas secreto y menos numeroso en casa de Santerre. Los hombres de ejecucion eran los que habían asistido á él, y la reunion duró hasta media noche. Desde allí cada uno fué al puesto que le estaba señalado, despertó y reunió á los hombres en quienes mas confianza tenia, colocándolos despues en pequeños grupos para recoger á los trabajadores, conforme fuesen saliendo de sus casas. Santerre había respondido de la guardia nacional y había dicho á los conspiradores: «No os dé cuidado esa fuerza, porque Petion estará allí.»

En efecto, este había mandado el día antes que los batallones de la guardia nacional se pusiesen sobre las armas, no para oponerse á la marcha de las columnas del pueblo, sino para fraternizar con los peticionarios y dar escolta á la sedicion. Esta medida equivoca salvaba

á la vez, la responsabilidad de Petion ante el directorio del departamento y su complicidad ante el pueblo amolinado. Decía á los unos, «estoy vigilando;» á los otros «ya veis que marchó en vuestra compañía.»

Al amanecer todos los batallones con las armas en pabellon estaban reunidos en las principales plazas. Santerre arengaba al suyo sobre las ruinas de la Bastilla. A su alrededor afluía continuamente un pueblo inmenso, que agitado é impaciente estaba dispuesto á caer sobre la ciudad á la menor señal que se le diese para efectuarlo. Los harapos de la indigencia estaban mezclados allí con la brillante armonia de los uniformes. Unas patrullas compuestas de inválidos, de gendarmes, de guardias nacionales y de voluntarios comunicaban á la multitud las órdenes que recibían de Santerre. Una disciplina instintiva presidía aquel desórden y el aspecto popular y militar á la vez de aquel campamento del pueblo, daba á la reunion el carácter de una expedicion militar, mas bien que el de un motin. Aquella multitud reconocía á sus gefes, seguía sus banderas, obedecía su voz, ejecutaba cuanto se le mandaba, y hasta daba treguas á su impaciencia para aguardar refuerzos, y para dar á los pelotones aislados la apariencia y el conjunto de unos movimientos simultáneos. Santerre á caballo y rodeado de un estado mayor de hombres de los arrabales, daba sus órdenes, fraternizaba con los ciudadanos, alargaba la mano á los insurrectos, recomendaba al pueblo que guardase silencio y que se condujese con dignidad, y formaba muy despacio sus columnas de viage.

X.

A las once, se puso el pueblo en movimiento en direccion al barrio de las Tullerías. Se ha calculado que

fueron unos veinte mil hombres, los que salieron de la plaza de la Bastilla mandados por Santerre, y demas principales gefes. Esta fuerza estaba dividida en tres cuerpos, del modo siguiente: el primero se componia de los batallones de los arrabales, armados con bayonetas y sables, y estaba á las inmediatas órdenes de Santerre; el segundo, compuesto de paisanos sin armas, ó cuando mas con picas y palos, marchaba á las órdenes del demagogo Saint-Huruge; el tercero, mezcla confusa de hombres desarapados, de mugeres y de niños, era una borda medio salvaje, que sin guardar ningun orden seguia á una muger jóven y hermosa vestida de hombres, que sable en mano con un fusil á la espalda, iba sentada en un cañon, arrastrado por unos jornaleros con los brazos arremangados. Llamabase esta muger Lambertina de Mericourt. Santerre era conocido por rey de los arrabales, Saint-Huruge era desde el año 89 el gran agitador del Palacio Real.

El marqués de Saint-Huruge, hijo de una familia noble y rica de Macon, era uno de esos alborotadores que parece personificar en sí las masas. De alta estatura y de aspecto marcial, su voz dominaba el rugido de la multitud. Su alma no era cruel, pero su cabeza no estaba enteramente sana. Demasiado aristócrata para tener envidia, harto rico para querer apoderarse de lo ajeno, demasiado lijero de cabeza para ser fanático por principios, se dejaba arrastrar por la revolucion como por un corriente impetuoso, y la amaba, porque habiendo en su movimiento algo de demencia, no podia menos de serle agradable. Siendo aun muy jóven habia prostituido su nombre, su fortuna, y su honor en el juego, en el trato con las mugeres perdidas, y en todo género de disoluciones. Tanto en el Palacio Real como en los demas barrios de desorden era célebre por sus escándalos y conocido de todo el mundo. Su familia le habia hecho encerrar en la Bastilla, y cuando fué restituido á la libertad co-

mo todos los demas el 14 de julio, habia jurado vengarse y cumplir su juramento. Cómplice voluntario é infatigable de todas las facciones, habia ofrecido sus servicios, sin exigir por ellos la menor recompensa, al duque de Orleans, á Mirabeau, á Danton, á Camilo Desmoulins y á Robespierre, perteneciendo siempre al partido mas avanzado, y al motin mas dispuesto á hacer daño. Despierto desde antes de amanecer, presente á todos los clubs y rondando casi todas las noches, acudia á todas partes, al menor ruido que oia, y aumentaba con su presencia el grupo mas insignificante que se formase, tratando siempre de arrastrarle á los escesos. Inflamabase con el ardor de la pasion comun, aun antes de comprenderla, y su voz, su gesto, y la descomposicion de sus facciones infundia la exaltacion en todo cuanto le rodeaba. Incitaba á voces á la sedicion, inoculaba la calentura en cuantos le escuchaban, electrizaba á las masas indecisas, formaba el corriente del motin ó le seguia, y puede decirse que este hombre era por sí solo una sedicion completa.

XI.

Despues de este hombre original seguia Lambertina de Mericourt, gefe, como ya hemos dicho, del tercer cuerpo de ejército de los arrabales, y conocida del pueblo por la *Hermosa jóven de Lieje*. La revolucion francesa la habia atraido á París á la manera que un torbellino arrastra los objetos que ofrecen poca resistencia. Un amor de que era victima abandonada, la habia arrojado en la carrera del vicio, y aunque se avergonzaba de su conducta, el desarreglo mismo de sus costumbres la infundia una continua sed de venganza. Hiriendo á los aristócratas creia rehabilitar su honor perdido, y de esta manera lavaba su deshonor con sangre.

Habia nacido esta jóven en el pueblo de Mericourt á las inmediaciones de Lieje, y siendo sus padres unos labradores ricos, la habian hecho dar una esmerada educacion. Su rara hermosura cuando solo contaba diez y siete años, habia llamado la atencion de un caballero de las orillas del Rhin, cuyo palacio estaba inmediato á la casa de esta jóven. Amada por aquel, y seducida y abandonada por él, habia desertado del hogar paterno y se habia refugiado en Inglaterra. A los pocos meses de su permanencia en Lóndres, se volvió á Francia, en donde recomendada á Mirabeau conoció por medio de éste, á Siéyes, José Chenier, Danton, Rousin, Brissot y Camilo Desmoulins. La juventud, el amor, la venganza y el continuo contacto con el foco de una revolucion, habian acalorado su cabeza en términos, que no podia vivir sino en medio de la embriaguez de las pasiones, de las ideas y de los placeres. En un principio, unida á los grandes innovadores del año 89, habia pasado desde sus brazos á los de unos ricos voluptuosos que pagaban muy caros sus encantos. Prostituta de la opulencia, se convirtió en prostituta voluntaria del pueblo, y á la manera de la célebre cortesana de Egipto, prodigaba á la libertad el oro adquirido por el vicio.

Desde las primeras sublevaciones se presentó en las calles consagrando su belleza á servir de enseña á la multitud. Vestida de amazona con una tela de color de sangre, llevando un desmayo en el sombrero y armada de sable y pistolas, voló la primera á las insurrecciones. Tambien fué la primera en forzar las verjas del cuartel de los invalidos para sacar de allí los cañones, y la primera igualmente en subir al asalto en la toma de la Bastilla. Entonces los vencedores la habian decretado un sable de honor en la misma brecha. En las jornadas de octubre, se habia puesto á la cabeza y habia conducido á Versalles á las mugeres de París. A caballo y al lado del feroz Jourdan, á quien llamaba el hombre de la

barba larga habia acompañado al rey á París, y habia seguido sin palidecer, detrás de las cabezas de los guardias de corps puestas á manera de trofeos en las puntas de unas picas. Su palabra, aunque dejando percibir en ella un acento estrangero, tenia la elocuencia del tumulto y sobresalia en las borrascosas sesiones de los clubs y en medio del alboroto de las galerias en la Asamblea. Algunas veces arengaba en el club de los franciscanos. Camilo Desmoulins habla del entusiasmo que escitó allí con una de sus improvisaciones «Sus imágenes, dice, eran tomadas de Píndaro y de la Biblia, y su patriotismo era muy parecido al de Judit.» Esta muger proponia que se edificase el palacio de la representacion nacional, en el mismo sitio en que habia estado la Bastilla. «Despojémonos, dijo un dia, para fundar y para embellecer este edificio, de nuestros brazaletes, de nuestro oro y de nuestros diamantes, yo soy la primera en dar el ejemplo.» Inmediatamente se quitó en la misma tribuna todo lo que habia dicho. Su ascendiente sobre las masas amotinadas era tal, que una señal suya condenaba ó absolvía las victimas. Los realistas temblaban encontrarse con ella.

En aquella época, por una de esas casualidades que parecen unas venganzas premeditadas de la suerte, reconoció en París al jóven caballero belga que la habia seducido y abandonado. Este conoció en las miradas de aquella muger el grave riesgo que corria é imploró su perdon. «¡Mi perdon! le contestó, ¿y cómo podriais pagar mi perdida inocencia, mi honor manchado, las burlas insultantes que persiguen desde entonces á toda mi familia, la maldicion de mi padre, el destierro de mi patria, mi enganche en la infame casta de las prostitutas, la sangre con que manchó y mancharé mis manos, mi memoria execrada entre los hombres, y esta inmortalidad de maldicion que va unida á mi nombre, reemplazando á aquella inmortalidad de la virtud de que vos me enseñaisteis á

dudar? ¿He aquí lo que quereis comprar! ¿Conocéis acaso nada en la tierra que valga lo suficiente para indemnizarme de todo cuanto he perdido?»

El culpado enmudeció y ella no fué bastante generosa para perdonarle. Aquel caballero fué victima en los asesinatos de setiembre y Lambertina de Mericourt se comprometió cada vez mas en la revolucion á medida que esta iba haciéndose mas sanguinaria y feroz.

Esta muger no podia ya vivir sino en medio del delirio de las emociones públicas. Despertóse en ella, sin embargo, su primer culto por Brissot cuando cayeron los girondinos. Tambien ella hubiese querido contener la revolucion pero habia alli otras mugeres tan implacables como ella. Estas, conocidas bajo el nombre de las *furias* de la guillotina, desnudaron á la hermosa jóven y la azotaron en público en el terrado de las Tullerías el 31 de mayo. Este suplicio mas infame que la muerte, hizo que su razon se estraviase. Recogida del suelo y encerrada en una jaula en la casa de los locos, vivió en este estado veinte años que no fueron sino un acceso continuo de furor. Impúdica y sanguinaria en su delirio, jamás quiso volver á vestirse recordando el ultrage que habia sufrido. Enteramente desnuda con la caballera cana del todo, y siempre suelta, ó se arrastraba por el suelo de la jaula, ó aferraba sus descarnadas manos en los yerros de la reja de su cuarto, haciendo desde alli mociones al pueblo que veía en su imaginacion, y al cual pedia constantemente la cabeza de Suleau.

XII.

Detrás de Lambertina de Mericourt iban otros demagogos menos conocidos en Paris, pero ya célebres en sus barrios, tales como Roesignol, oficial de platero; Brierre,

tabernero; Gonor, vencedor de la Bastilla; Jourdan, asesino conocido bajo el nombre de *Cortacabezas*; el famoso jacobino polaco Lazouski, enterrado despues por el pueblo en el Carrousel, y finalmente, Henriot, que fué despues el general de confianza de la Convencion. Conforme iban penetrando las columnas en lo interior de Paris, se iban engrosando con nuevos grupos que desembocaban de aquellas calles tan pobladas que dan á los baluartes y á los malecones. A cada grupo que llegaba se oía un grito de alegría que salía del seno de las columnas, al paso que la música militar hacia resonar por los aires las notas cínicas y atroces del *Za ira*, especie de Marsellesa de los asesinos. Los sublevatos lo cantaban en coro, blandiendo sus armas, y amenazando con la voz y con el gesto, á las ventanas de los presuntos aristócratas.

Estas armas en nada se parecían á los tersos aceros de un ejército regular, que infunden á la vez terror y admiracion; aqui la mayor parte, consistia en picas, lanzas oxidadas, asadores, cuchillas, hachas de carpintero, piquetas, cuchillas de zapatero, palancas, planchas, sieras, tenazas, palas, pedazos de hierro viejo, y finalmente, cuantos instrumentos y utensilios caseros habian hallado á mano los que las llevaban. Estas distintas armas llenas de orin, negras y horrosas á la vista, de las cuales cada una presentaba un modo diferente de hérir, parecia que aumentaban el horror de la muerte al ofrecerla bajo mil formas crueles é inusitadas. La mezcla de sexos, de edades y de condiciones, la confusion de los trages, los remiendos y la laceria al lado de los uniformes, los ancianos al lado de los jóvenes, los niños á quienes llevaban sus madres en brazos ó bien de la mano, ó finalmente, agarrados de sus vestidos y tirando de ellos, las mugeres públicas vestidas de seda y manchadas de barro, con el descaro en la frente y el insulto en los labios. Centenares de mugeres pobres del pueblo, obligadas á